

ALBERTO MERAT

EL AMANECER EN PARIS

Frescas y pulcras, de color de rosa pálido ó encendido, las primeras horas de la mañana, son del día la infancia alegre. Desde la alta estera dormida ven á su ciudad amada, y con un dulce beso la despiertan. Ningún hálito impuro ha mancillado su beldad frágil, toda transparencia, toda virginidad. Aún el recuerdo guardan del resplandor de las estrellas. El velo de la mente obscurecida rasgan. Inmaculadas y serenas tocan la frente, y cual triunfal antorcha, la chispa hacen brotar de la belleza. ¡Blanca visión de las borradas formas reaparecidas! Si, con alma abierta á la vida y la luz, cruzáis las calles, no veréis, obstruyendo las aceras, al fatuo badulaque, ni á la mansa golondrina de amor, que al azar vuela; ni el ocio enervador que el tedio arrastra, ni el vicio que sus víctimas acecha. Apetitoso olor de pan caliente percibiréis al paso por la puerta de las tahonas. Bautizó el lechero la leche, y aún veréis cómo azulea bajo el portal de humilde vaquería. Los carros de las flores ya comienzan á entrar en la ciudad, y cien aromas con cien colores á la vez se mezclan: la rosa, flor sin par; el azulejo que abre en las mieses su cerúlea estrella, y que adora Paris. Con carga enorme

pasan crujiendo carros y carretas, y la gente que marcha á su trabajo, las muchachas del pueblo bien envueltas en su ropón; París alegre y bravo que comenzó la cotidiana brega. Con golpe seco, claros y distintos retumban en las calles aún desiertas, lo pasos breves, y escuchar da gozo á los soldados del deber, intrépida legión, que acude á su labor, y sigue con presuroso andar la misma senda que siguió ayer y seguirá mañana, héroes quizás de incógnita epopeya. Después el Louvre, los extensos muelles, los puentes, las frondosas alamedas á lo lejos; el río, que la vista llama á la vez hacia sus dos riberas; á un lado el gran Palacio, el caserío, la apiñada Cité, prora tremenda de un inmóvil navío; las dos torres hermanas, la fantástica silueta de la alta aguja, que en el cielo claro borda su encaje de calada piedra; al otro lado, en cuanto ven y alcanzan nuestros ojos, los puentes sobre el Sena, el uno tras el otro apareciendo escalonados en la curva inmensa del anchuroso cauce; las colinas; y el viento matinal que arrastra y pliega la tenue muselina de la bruma, y entre celajes de oro el sol nos muestra. Así el día, purpúreo, luminoso, triunfal, rasgando con sus ígneas flechas las alas del ensueño, tan hermoso como un dios juvenil, surge y despierta.

LA FLOR DEL MANZANO

Llenos de verdes mieses los bancales, el campo es un tablero de ajedrez; Abril, con lazos de menuda blonda, los manzanos comienza á embellecer.

Antes que el sol brutal del rojo estío
agoste el prado, el bosque y el vergel,
esa corona, blanca cual la nieve,
es de nuestras colinas gala y prez.

Mientras, brotando tardos, los jardines,
húmedos y desnudos aún se ven,
los manzanares, todos ya floridos,
semejan luminoso amanecer.

Ese peinado, de abundantes rizos
á la alegre campiña sienta bien;
cuanto más encrespado, más hermosos
están los verdes árboles con él.

Su flor es una estrella blanca y tenue
que un hálito de Abril hace caer.
En las tazas de frágil porcelana
copia el chino su dulce palidez.

No tiene aroma; es fina y delicada,
primorosa y espléndida también;
mate como la leche; cual la gracia
ligera, y tan fugaz como el placer.

Parece envanecida por el germen
que entre sus tiernas hojas guarda fiel;
hay que mirarla, pero no tocarla,
por el fruto que en ella ha de nacer.

Pero, si la beldad que os enamora
orna con flores la divina sien,
otra que más realce su hermosura
y le siente mejor, no encontraréis.

Aún recuerdo unas flores de manzano
que arrancó jugueteando una mujer...
Dulce recuerdo, si, mas tan antiguo,
que decir no podría cuándo fué.

ENRIQUE CAZALIS

VOZ DE MUJER

Ávido, absorto, embebecido escucho
al ruiseñor que trina en tu garganta.
Adorable y feliz la vida fuera,
si tu dulce mirar la iluminara.

Tu voz tiene el hechizo indefinible
del ave oculta que en la selva canta,
y me recuerda la que pobre monje,
ha mucho tiempo, oyó gentil calandria.

Cien años la escuchó, cantando siempre
en la frondosidad de la enramada;
las flores, á su voz, lloraban todas,
el monje soñador también lloraba.

Ningún acento como aquel acento
llegó jamás al fondo de su alma.
A veces era como alegre aurora;
otras, ocaño de tristeza vaga.

Cuando calló la voz hechizadora,
cuando voló la celestial calandria,
el pobre monje se encerró en la celda,
y sin hallar consuelo rindió el alma.

NUEVA PRIMAVERA

Llena mi corazón y mi alma acosa
ansia tenaz de amor y de cariño.
¿Cuál es mi ensueño? ¿Una mujer hermosa,
blonda, cándida y pura como un niño?